

Omnipresencia de yo

Yo estoy siempre. Seguro que es de Perogrullo, pero ni él lo advierte. Una cosa es la evidencia de que yo estoy en toda situación que vivo, como un presupuesto esencial de la situación. Evidencia que se funda en la deducción simple que indica que donde está mi cuerpo, estoy yo. O de la más elemental comprobación de que en cualquier situación que vivo, me siento. O sea, me, a mí. La evidencia lo es de mí.

Otra cosa es la evidencia de que yo estoy. Allí no sólo me puedo sentir, sino que siento que “algo” hago. Advierto, cuando menos, que siento.

Si afinó un poco más el ojo, puedo sentir qué siento, y un poco más, y qué pienso. La constancia me muestra que *siempre* pienso, en el sentido de que “algo” me pasa. Siempre. Yo estoy siempre, en el modo del pensar.

Así, no sólo soy porque pienso, porque vivencio, sino que soy vivenciar, pensar en. Así como para Hegel la certeza sensible era lo universal, siendo que eso “sensible” soy yo (y además, sentiente) yo soy lo universal. Estoy en todo momento y así, soporto el universo. Y esto concuerda con la concepción de Kant: la representación del yo es base de toda representación.

Buenos Aires, junio 13 de 2016

MISER COR

Yo creí que había terminado. O será que estoy empezando... “Deja que te abrace la misericordia de Dios” dice el cartel. Absurdo, pienso.

Absurdo por plantear un dios externo que te abraza. No saben de qué se trata. Al menos, concediendo que alguna vez supieron, no saben expresarlo. Eso pensaba.

Misericordia. *Miseri cordia*, corazones míseros. Pobreza del corazón.

La pobreza es de cosas. Querrá significar un corazón sin cosas, desposeído. Sólo que las cosas no pueden estar en el corazón. Entonces, si no son las cosas las que llenan el *cor* ¿qué?

Lo que producen las cosas. Las sensaciones, los sentimientos. Lo que producen las cosas y lo que produce las cosas. Esos está antes de las cosas y después de ellas

El *cor* se llena de esas no-cosas que sostienen, adornan, dan sentido a las cosas, las hacen lo que son. Pero en todo caso, esos sentimientos son el deseo de las cosas, no importa cuáles. El anhelo de ser que da ser a las cosas, que me hace ser en ellas, me llena.

A cada momento el *cor* lanza borbotones de mundo, ganas de mundo, ganas de ser lo que de mí me dan las cosas. Porque yo les doy mi ser para que ellas lo confirmen, a través de las sensaciones que me brindan.

El mundo nace de esos borbotones de ser que me brotan del *cor*.

Imágenes de mundo que se alimentan de la diferencia, que producen y reproducen la diferencia con su infinita variedad de figuras. Las figuras del ser que soy no siendo mientras ellas son, siendo en ellas a través de las sensaciones que de ellas tengo.

Las imágenes brotan del *cor*, imágenes del mundo que lo sostienen y *me* afirman. Imágenes del ser que se quedan ahí, haciendo mundo aún con mis ojos cerrados. Imágenes del ser imagen que soy disimulado en las figuras imaginadas, olvidado el *cor* que las produce.

Sin imágenes, sólo el corazón solo. Pobre.

*Miser cor*

*Miserere nobis* (ya que estoy, asocio). *Miserere mihi*. Se supone que es compadecernos, compadecerme. Pero *miser* es pobre, aunque mísero en los otros sentidos.

Si *miserere* es compadecer, entonces, es ponerse en el lugar del otro y para eso, hay que vaciarse.

Así que más me suena que *miserere nobis* es empobrecámonos, desposeyámonos ¿de qué? De ahí la pobreza “monacal”. Más ruido hace mi ruido interno que el bochinche mundano, sabido es.

Desposeerme de mí, vaciarme de mí. Dejar el *–me* en cada una de mis acciones, en cada uno de mis pensamientos. Dejar de ponerme en el mundo en cada acto.

Despejar la mirada de mí para poder ver, ya sin mirar yo. Dejar que el Vacío me abrace, que el Ser sea, que irradie sin contención ni reflejo.

Y ahí, entonces, entiendo yo. No son tan tontos, parece... me dije.

Buenos Aires, junio 13 de 2016

La raíz de las vivencias

Es terrible la consecuencia de lo que uno establece como válido a través de las descripciones: cuando estoy en situación con otros seres humanos, me tapa el corazón la expectativa de la mirada ajena ¿Me aprueba o no me aprueba? ¿me quiere o no?

La zozobra se resuelve con una de dos: con la positiva, *me* expando, con la negativa *me* contraigo. Y el *cor* se encoge. Con la aceptación me difundo, pierdo mi límite, me confundo en la afinidad y flujo.

Hace años, charlando con una amiga (Leda) sobre el guía, le contaba que acababa de reconocer que yo ocupaba su lugar. Y eso me deja en un encierro vital. No puedo delegarle el gobierno de mi vida y el des-propósito cunde.

He comprobado que soy un tapón muy chico como para evitar el desborde y reconozco Su mano protectora interviniendo en tantas situaciones. Pero el mérito que le otorgo es chico. Él está, es incuestionable. Pero yo, también. Caramba.

Porque si no *me* tengo ¿qué tengo? Y si no tengo ¿qué soy?

Está claro que las cosas no valen más que para el cuerpo. Así que lo que vale es lo espiritual.

Indudablemente, me queda lo sagrado.

Y, con eso, me entretengo.

Hasta que no tenga otra salida que rendirme a Él.

Buenos Aires, 14 de junio de 2016